

## I

**E**L VIAJE DE Mercier y Camier es algo de lo que si quiero puedo hablar, porque estuve con ellos todo el tiempo.

Fue bastante llevadero en cuanto a esfuerzo físico se refiere, sin mares ni fronteras que cruzar, a través de regiones accesibles en conjunto aunque inhóspitas en algunos tramos. Mercier y Camier no salieron del país, en eso tuvieron mucha suerte. No tuvieron que enfrentarse con mayor o menor fortuna a caminos, idiomas, leyes, cielos o alimentos que les fueran extraños, en entornos que se parecieran poco a los que primero de niños, después de jóvenes y finalmente de adultos ya estuvieran acostumbrados. El tiempo, aunque a menudo desapacible (pero no conocían otra cosa), nunca excedía unos límites moderados; esto es, lo que un lugareño debidamente abrigado y calzado podría soportar sin peligro aunque no sin fastidio. En cuanto al dinero, si bien no les llegaba para viajar en primera clase o para quedarse en los mejores hoteles, aun así era suficiente para ir ti-

rando de aquí para allá, sin tener que pedir limosna. En este sentido, por tanto, se puede decir que hasta cierto punto también tuvieron suerte. Pasaron penalidades, sin duda, pero menos de las que muchos tienen que pasar, menos quizá que la mayoría de los que se arriesgan a partir, empujados por una necesidad a veces imperiosa y a veces menos evidente.

Lo habían hablado largo y tendido antes de embarcarse en este viaje, sopesando con toda la calma de la que eran capaces los beneficios que podrían esperar, así como los perjuicios que les podría ocasionar, alternando las consideraciones más sombrías con las más halagüeñas. Lo único que sacaron en claro de estos debates fue la certeza de no lanzarse a la ligera hacia lo desconocido.

Camier fue el primero en llegar al sitio acordado. Eso quiere decir que cuando llegó, Mercier no estaba allí. En realidad Mercier se le había anticipado sus buenos diez minutos. No fue Camier, por tanto, sino Mercier, el primero en llegar. Este se dispuso a esperarle pacientemente durante cinco minutos, atento a las diferentes vías de acercamiento disponibles para su amigo, hasta que se fue a dar un paseo que duraría quince minutos largos. Mientras tanto Camier, pasados cinco minutos sin noticias ni señales de Mercier, decidió él también darse una vuelta. Cuando volvió al lugar quince minutos más tarde, en vano miró a su alrededor buscándolo, y con razón: Mercier, después de enfriar las suelas otros cinco minutos, había vuelto a irse para, según él, estirar las piernas un poco. Camier remoloneó cinco minutos más y volvió a ponerse en marcha pensando para sí:

«Quizá me tropiece con él por la calle». Justo en este momento Mercier, de vuelta de su caminata, que por lo que fuera esta vez no había durado más de diez minutos, atisbó, casi difuminada entre la niebla matutina, una forma que podía ser la de Camier y que, en efecto, correspondía a aquel. Desgraciadamente, desapareció como si se la hubieran tragado los adoquines y no le quedó otra opción que continuar con la vigilia. Pero al acabar lo que está empezando a parecer los cinco minutos de rigor, abandonó de nuevo la espera, pues sentía la necesidad de moverse un poco. Su alegría, la de Mercier y la de Camier, fue inconmensurable en el instante en que, después de merodear sin rumbo durante cinco y diez minutos respectivamente, al desembocar ambos a la vez en la plaza, se encontraron frente a frente por primera vez desde la noche anterior. Eran las nueve cincuenta de la mañana.

Resumiendo:

	Lleg.	Sal.	Lleg.	Sal.	Lleg.	Sal.	Lleg.
Mercier	9.05	9.10	9.25	9.30	9.40	9.45	9.50
Camier	9.15	9.20	9.35	9.40	9.50		

¡Qué embrollo más apestoso!

Estaban todavía en los abrazos cuando empezó a llover con una brusquedad hartamente oriental. Se dirigieron por tanto a toda prisa al refugio que en forma de pagoda se levantaba allí mismo con la función de proteger de la lluvia y de otras inclemencias; en resumidas cuentas,

del mal tiempo. Plagado de sombras y recovecos, era un sitio frecuentado por amantes y también por viejos sin distinción de sexo. Allí, en el mismo instante en el que lo hacían nuestros héroes, se metió un perro, seguido a corta distancia de otro. Mercier y Camier, indecisos, intercambiaron miradas. No habían acabado de darse sus abrazos, pero les resultaba extraño continuar. Los perros por su parte ya estaban copulando con la más absoluta naturalidad.

El lugar en el que ahora se encontraban, donde habían acordado la cita después de mucho discutir, no era una plaza propiamente dicha, sino más bien un jardincito público en el centro de un entramado de calles y avenidas. Allí se desplegaban en una abundancia sofocante los típicos arbustos, parterres, estanques, fuentes, estatuas, zonas de césped y bancos. Tenía algo de laberíntico, por lo que resultaba molesto deambular por su interior y era difícil salir para alguien que desconociera sus secretos. La entrada, sin embargo, era lo más fácil del mundo. Más o menos en el centro se erguía majestuosa una espléndida haya roja, plantada muchos siglos atrás por un mariscal de campo francés que atendía al plácido nombre de Saint-Ruth, según rezaba el letrero que alguien había clavado toscamente en el tronco. Apenas había acabado de hacerlo, siempre según lo que ponía en el letrero, cuando una bala de cañón lo dejó seco, fiel hasta el final a la misma causa perdida, en un campo de batalla que poco tenía en común, desde el punto de vista paisajístico, con aquellos en los que se había ganado los galones, primero como brigada y luego como teniente, si es que

ese es el orden en el que se consiguen los galones, en el campo de batalla. Sin duda a este árbol debía el jardín su existencia, una consecuencia que poco podía haberse imaginado el mariscal de campo aquel lejano día en el que, en un terreno aún vacío de quincunces y ante una elegante y repleta concurrencia, sostuvo en posición vertical el frágil pimpollo sobre el hoyo empapado del rocío de la mañana. Pero, para acabar de una vez por todas con este asunto y dar la cuestión por zanjada, el poco encanto que pudiera tener el jardín, sin olvidarnos, claro está, de su nombre, se lo debía al árbol. Mas los días del asfixiante gígantón estaban contados: desde ese momento en adelante no dejaría de languidecer y pudrirse hasta que acabaran llevándose de allí, trozo a trozo. Y entonces, durante algún tiempo, en el jardín de nombre misterioso la gente respiraría más a gusto.

Mercier y Camier no conocían el sitio, de ahí sin duda que lo eligieran para encontrarse. Aunque hay cosas que nunca se sabrán con certeza.

A través de los paneles anaranjados la lluvia les parecía dorada. Les traía recuerdos inconfesables para ambos y les producía un sentimiento cercano a la vergüenza por los peligros que corrieron en viajes realizados uno a Roma y, el otro, a Nápoles. El brillo de aquellos días lejanos debería haberlos reconfortado, cuando eran jóvenes y ardientes y amaban el arte y se burlaban del matrimonio y no se conocían entre sí, pero ni de lejos se sentían un poquito mejor.

—Vámonos a casa —dijo Camier.

—¿Por qué? —preguntó Mercier.

—No va a parar en todo el día —dijo Camier.

—Dure mucho o poco, no es más que un chaparrón —dijo Mercier.

—No puedo soportar estar así de pie sin hacer nada —dijo Camier.

—Sentémonos, pues —dijo Mercier.

—Peor me lo pones —dijo Camier.

—Entonces caminemos de un lado a otro —dijo Mercier—, sí, cogidos del brazo vayamos de acá para allá. No es que haya mucho espacio, pero podría haber incluso menos. Venga, deja ahí nuestro paraguas, eso es, ayúdame a quitarme nuestra mochila, ya está, gracias, allá que vamos.

Camier se dejó llevar.

Cada cierto rato el cielo clareaba y la lluvia cesaba. Entonces se asomaban a la puerta, señal escogida para que el cielo se oscureciera de nuevo y la lluvia redoblara su furia.

—No mires —dijo Mercier.

—Me basta con oírlo —dijo Camier.

—Cierto —dijo Mercier.

Tras un rato callados Mercier dijo:

—¿No te molestan los perros?

—Pero ¿por qué no se retira ya? —preguntó Camier.

—No puede —dijo Mercier.

—¿Por qué? —dijo Camier.

—Es uno de esos pequeños ingenios de la naturaleza —dijo Mercier—, sin duda para asegurar la inseminación por completo.

—Empiezan uno encima del otro —dijo Camier— y terminan dándose la espalda.

—Qué quieres —dijo Mercier—. Una vez pasado el éxtasis, lo que les pide el cuerpo es separarse, irse cada uno por su lado a mear en un poste o a comerse una mierda de un mordisco, pero no pueden. Así que se dan la espalda. Tú harías lo mismo en su lugar.

—Yo, por delicadeza, me contendría —dijo Camier.

—¿Y qué harías? —dijo Mercier.

—Fingiría pena por no poder continuar con ese placer incontinente —dijo Camier.

Después de un rato en silencio Camier dijo:

—Vamos a tomar asiento, estoy hecho polvo.

—Te refieres a sentarnos —dijo Mercier.

—Me refiero a tomar asiento —dijo Camier.

—Entonces vamos a tomar asiento —dijo Mercier.

Los esforzados se afanaban de nuevo en la tarea dale que te pego, el ambiente cargado de gritos de placer y dolor, a lo que se añadían las observaciones más civilizadas de aquellos para los que la vida no tenía más sorpresas que ofrecer, tanto para bien como para mal. La cosa iba arrancando poco a poco. En vano caía la lluvia torrencialmente, todo el asunto había vuelto a empezar con no menos ardor que si el cielo hubiera sido de un azul despejado.

—Me has hecho esperar —dijo Mercier.

—Al contrario —dijo Camier.

—Yo llegué a las nueve y cinco —dijo Mercier.

—Y yo a las nueve y cuarto —dijo Camier.

—Ves lo que digo —dijo Mercier.

—Lo de esperar y hacer esperar solo puede establecerse con respecto a unos términos previamente acordados —dijo Camier.

—¿Y a qué hora habíamos quedado, según el señorito?  
—dijo Mercier.

—A las nueve y cuarto —dijo Camier.

—Pues estás penosamente equivocado —dijo Mercier.

—¿En qué sentido? —dijo Camier.

—¿Es que nunca vas a dejar de sorprenderme? —dijo Mercier.

—Explícate —dijo Camier.

—Cierro los ojos y parece como si volviera a vivirlo —dijo Mercier—. Me cogiste de la mano, tenía los ojos empapados en lágrimas y se me entrecortaba la voz: «Que así sea, mañana a las nueve». Una mujer borracha pasaba por ahí, cantando una canción obscena y levantándose las faldas.

—Eso te hizo perder el sentido —dijo Camier—. Se sacó una libreta del bolsillo, pasó las hojas y leyó: «Lunes 15, Día de San Macario, 9:15, Saint-Ruth, recoger el paraguas de casa de Helen».

—¿Y eso qué prueba? —dijo Mercier.

—Mi buena fe —dijo Camier.

—Cierto —dijo Mercier.

—Nunca sabremos la hora a la que habíamos quedado en vernos hoy —dijo Camier—, así que vamos a dejar el tema.

—En todo este embrollo solo hay una cosa clara —dijo Mercier—, y es que nos encontramos a las diez menos diez, al mismo tiempo que las manecillas del reloj, o quizá más bien un poco después.

—Por eso tenemos que estar agradecidos —dijo Camier.

—Aún no había empezado a llover —dijo Mercier.

—El ímpetu de la mañana seguía intacto —dijo Camier.

—No pierdas de vista nuestros planes —dijo Mercier.

En ese instante, de repente, apareció como surgido de la nada el primero de una larga lista de seres maléficos. Su uniforme, de un vomitivo color verde, con la pechera repleta de insignias y medallas al valor, le venía como anillo al dedo. Inspirado por el ejemplo del Gran Sarsfield, había arriesgado su vida sin éxito en defensa de un territorio que en sí mismo le debía ser bastante indiferente y que como símbolo tampoco podía haberle enardecido. Llevaba un bastón elegante a la par que enorme, e incluso se apoyaba en él de vez en cuando. Sufría de la cadera horriblemente, con un dolor punzante que le bajaba como un disparo hasta la nalga y le subía por el recto hasta las tripas, llegando a la altura del píloro, culminando, de hecho, en espasmos uretroescrotales que le provocaban unas ganas de miccionar cuasi incesantes. Licenciado por invalidez con una reticente pensión, lo que explicaba las miradas de desaprobación de casi todos aquellos, tanto hombres como mujeres, con los que por deber y por lo que le quedaba de bonhomía mantenía contacto diario, a veces consideraba que habría sido más sensato por su parte si, durante el gran alzamiento, hubiera dedicado sus energías a las trifulcas domésticas, al dialecto gaélico, al refuerzo de su fe y a los tesoros de un folclore sin igual. El peligro corporal habría sido menor y los beneficios más seguros. Pero este pensamiento, una vez saboreado

en toda su amargura, lo desterraba de su mente por indigno. Su bigote, en tiempos tan tieso como el labio que ocultaba al crecer, ya no era tal. De vez en vez, cuando se acordaba, se lo estiraba momentáneamente con la ayuda de una vaharada de aliento fétido mezclado con esputos que le venía de las tripas. Impávido, a los pies de los escalones de la pagoda, con la capa abierta, chorreando por la lluvia, lanzó la vista a uno y a otro lado, de Mercier y Camier a los perros, y de los perros a Mercier y Camier.

—¿De quién es esa bicicleta? —dijo.

Mercier y Camier intercambiaron miradas.

—Podíamos habernos ahorrado esto —dijo Camier.

—Quitadla de ahí —dijo el guarda.

—Puede que sea divertido —dijo Mercier.

—¿De quién son esos perros? —dijo el guarda.

—No veo la manera de poder quedarnos —dijo Camier.

—¿Y si esto fuera, me pregunto, el empujoncito que necesitamos para ir moviéndonos? —dijo Mercier.

El guarda subió los escalones del refugio y se quedó quieto en la puerta. El aire se oscureció inmediatamente y se tornó de un amarillo intenso.

—Creo que va a atacarnos —dijo Camier.

—Te dejo a ti el asunto, como de costumbre —dijo Mercier.

—Querido sargento —dijo Camier—, ¿qué podemos hacer por usted exactamente?

—¿Veis esa bicicleta? —dijo el guarda.

—No veo nada —dijo Camier—. Mercier, ¿tú ves una bicicleta?

—¿Es vuestra? —dijo el guarda.

—Una cosa que no vemos —dijo Camier— y de cuya existencia solo tenemos su palabra, ¿cómo podemos decidir si es nuestra o de otra persona?

—¿Y por qué tendría que ser nuestra? —dijo Mercier—. ¿Acaso son estos nuestros perros? No. Los estamos viendo hoy por primera vez. ¿Y aun así mantiene que la bicicleta, en el caso de que exista, es nuestra? Y sin embargo los perros no son nuestros.

—¡Que se jodan los perros! —dijo el guarda.

Pero, como para desmentirse a sí mismo, se abalanzó sobre los perros a palos y a puntapiés y los echó de la pagoda gritando exabruptos. Unidos aún como estaban a causa del poscoito, la retirada no fue cosa fácil puesto que los esfuerzos que hacían por escaparse, al empujar por igual en direcciones opuestas, no hacían sino anularse el uno al otro. Eso tuvo que dolerles mucho.

—Ahora sí que ha jodido a los perros —dijo Mercier.

—Los ha sacado del refugio —dijo Camier—, eso no lo niega nadie, pero ni de lejos los ha echado del jardín.

—Pronto la lluvia hará que se suelten —dijo Mercier—. De haber estado menos encelados, también se les habría ocurrido a ellos.

—Lo cierto es que les ha hecho un favor —dijo Camier.

—Mostrémosle un poco de amabilidad —dijo Mercier—, es un héroe de la Gran Guerra. Bien que estábamos nosotros entonces, tan a gusto, masturbándonos a manos llenas sin temor a que nadie nos molestase mientras él se arrastraba por el fango en Flandes, cagándose polainas abajo.

Que no se extraiga ninguna conclusión de esas insustanciales palabras: Mercier y Camier eran jóvenes ya entrados en años.

—Es una forma de verlo —dijo Camier.

—Mira qué repique de condecoraciones lleva —dijo Mercier—. ¿Te has parado a pensar los litros de diarrea que le ha costado eso?

—Remotamente —dijo Camier—, como solo puede decirlo alguien muy estreñido.

—Imaginemos que la bicicleta de marras es nuestra —dijo Mercier—. ¿Qué tiene de malo?

—Simulemos una tregua —dijo Camier—. Sí, es nuestra.

—Lléváosla de aquí —dijo el guarda.

—Por fin amanece el día —dijo Camier—, en el que tras años de titubeos debemos partir, aún no sabemos dónde, quizá para nunca volver... vivos. Solo estamos esperando que el tiempo aclare y después salir pitando. Intente comprenderlo.

—Lo que es más —dijo Mercier—, aún tenemos mucho que decidir, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Mucho que decidir? —preguntó Camier.

—Eso he dicho —dijo Mercier.

—Creía que todo estaba decidido —dijo Camier— y en su sitio.

—No todo —dijo Mercier.

—¿Se la van a llevar de aquí o no? —dijo el guarda.

—Ya que hace oídos sordos a la razón... ¿Es usted venal? —preguntó Mercier.

Silencio.

—Que si se le puede comprar —dijo Mercier.

—Por supuesto —dijo el guarda.

—Dale un chelín —dijo Mercier—. Y pensar que nuestro primer desembolso sea una concesión al soborno y a la extorsión...

El guarda se esfumó maldiciendo.

—Están todos cortados por el mismo patrón —dijo Mercier.

—Ahora no parará de merodear —dijo Camier.

—¿Y qué más nos da? —dijo Mercier.

—No me gusta que merodeen a mi alrededor —dijo Camier.

Mercier prefirió dejar pasar su turno. Camier lo conservó. Este juegucito pronto los cansó. Debía de ser cerca del mediodía.

—Bueno —dijo Mercier—, ya nos ha llegado el momento.

—¿Nos? —dijo Camier.

—Exactamente —dijo Mercier—, a nosotros, por asuntos muy serios.

—¿Y si tomamos un bocado? —dijo Camier.

—Primero el pensamiento —dijo Mercier—, y luego el sustento.

Siguió un largo debate, interrumpido por largos silencios durante los cuales estuvieron pensando. En momentos como este se hundían, bien Mercier bien Camier, en tales simas de meditación que si la voz de uno retomaba su deriva, no podía arrastrar al otro de vuelta o pasaba inadvertida. O bien llegaban ambos simultáneamente a conclusiones con frecuencia opuestas y simultánea-

mente empezaban a exponerlas. Tampoco era extraño que uno de ellos se quedara ensimismado antes de que el otro hubiera terminado su exposición. Y había veces en las que se pasaban un buen rato mirándose entre sí, incapaces de decir palabra, con las mentes en blanco. Recién salidos de una de esas ensoñaciones resolvieron dejar su disquisición, al menos por el momento. Estaba bien avanzada la tarde, la lluvia seguía cayendo, el corto día de invierno tocaba a su fin.

—Tú eres el que tiene las provisiones —dijo Mercier.

—Al contrario —dijo Camier.

—Cierto —dijo Mercier.

—Se me ha pasado el hambre —dijo Camier.

—Hay que comer —dijo Mercier.

—No veo para qué —dijo Camier.

—Todavía tenemos un largo y duro camino por delante —dijo Mercier.

—Cuanto antes paremos mejor —dijo Camier.

—Cierto —dijo Mercier.

La cabeza del guarda apareció en el umbral. Por increíble que parezca, solo se le veía la cabeza. Con su particular voz les decía que, si querían, podían pasar allí la noche por media corona.

—¿Tenemos todo pensado? —dijo Camier—, ¿y todo en orden?

—No —dijo Mercier.

—¿Lo estará alguna vez? —preguntó Camier.

—Creo que sí —dijo Mercier—, sí, no es que las tenga todas conmigo, eso no, pero sí, creo que llegará un día en el que todo finalmente estará en su sitio.

—Eso sería delicioso —dijo Camier.

—Esperemos que sí —dijo Mercier.

Se intercambiaron una larga mirada. Camier se dijo para sí: «No creo que ni él lo tenga claro». Algo similar se le pasó por la mente al que tenía enfrente.

De todas formas, dos conclusiones parecían claras como resultado de estas deliberaciones:

1. Mercier partiría solo, de un tirón, con el impermeable. Allí donde parase a dormir, en la primera etapa, dejaría todo preparado para recibir a Camier. Camier se pondría en camino tan pronto como el tiempo se lo permitiera. Camier se haría cargo del paraguas. No se dijo nada de la mochila.

2. Resultaba que Mercier, hasta ahora, había demostrado ser el más enérgico, mientras que Camier hacía de lastre. Pero podría esperarse un cambio de papeles en cualquier momento. Que el más débil se apoye siempre en el menos débil para avanzar así por el camino. Podrían incluso armarse de valor el uno al otro. Entonces sí que lo lograrían. O si no, el gran desánimo se llevaría a los dos por delante. Dejemos en este caso que no caigan en el desaliento y confiemos pacientemente en que pase este mal rato. A pesar de lo vago de estas expresiones, entre ellos se entendían, más o menos.

—Como no sé qué pensar —dijo Camier—, miro para otro lado.

—Parece que podría escampar —dijo Mercier.

—Por fin sale el sol —dijo Camier— para que podamos admirar cómo se sumerge por debajo del horizonte.

—Ese prolongado momento de fulgor en el que brilla con mil colores siempre me conmueve el corazón —dijo Mercier.

—Se acaba un día de trabajo —dijo Camier—, del este surge una especie de tinta que inunda el cielo.

Sonó la campana, anunciando la hora de cerrar.

—Presiento formas difusas y sombrías —dijo Camier—. Van y vienen entre gritos sofocados.

—A mí también me parece que no han dejado de observarnos desde esta mañana.

—¿Estamos solos ahora, por un casual? —dijo Camier.

—No veo a nadie —dijo Mercier.

—Entonces vámonos juntos —dijo Camier.

Abandonaron el refugio.

—La mochila —dijo Mercier.

—El paraguas —dijo Camier.

—El impermeable —dijo Mercier.

—Eso sí lo tengo —dijo Camier.

—¿Queda algo más? —dijo Mercier.

—No veo nada más —dijo Camier.

—Voy a por las cosas —dijo Mercier—, tú vigila la bicicleta.

Era una bicicleta de señora, de las que por desgracia son de piñón fijo. Para frenar había que pedalear hacia atrás.

El guarda, con el manajo de llaves en la mano, los vio irse. Mercier sostenía el manillar, Camier el sillín. Los pedales subían y bajaban.

Los maldijo cuando se marchaban.